

Retrato(s) de Manuel Pérez Ledesma

Para este número hemos decidido dar un enfoque diferente a la sección “Investigador invitado”. El pasado 15 de abril falleció Manuel Pérez Ledesma, catedrático del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid. Durante su trayectoria dejó una profunda huella en la comunidad historiográfica. Además, Pérez Ledesma fue profesor de varios miembros del equipo de la revista y, como tal, ejerció un activo papel en nuestra formación como historiadores. De hecho, nos consta que mientras su salud se lo permitió se interesó por el desarrollo de esta publicación. Por todos estos motivos nos gustaría rendirle nuestro particular homenaje. Para ello, vamos a dar voz a cuatro investigadores que, de un modo u otro, tuvieron alguna relación con el profesor Pérez Ledesma. Serán ellos, a partir de sus testimonios, quienes nos inviten a acercarnos a su figura y hagan un cuidadoso retrato de su persona.

A Manolo Pérez Ledesma: maestro, compañero y amigo

PILAR TOBOSO SÁNCHEZ

Directora del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid
pilar.toboso@uam.es

En 2015 se publicaba un libro homenaje a Manuel Pérez Ledesma con el título *El historiador consciente* en referencia a su conocido artículo “El obrero consciente” (1987), pero también a la conciencia que todavía tenía en esos momentos y que una enfermedad le estaba arrebatando. Manolo disfrutó con aquel libro, que pudo leer o que personas cercanas le leyeron cuando su memoria empezaba a flaquear. No era el típico volumen de homenaje, sino un libro en el que historiadores de su generación, discípulos, colegas y amigos trataban de dialogar con su obra y reflexionar sobre las contribuciones que a lo largo de su dilatada carrera profesional había realizado en las diferentes áreas en las que había centrado sus investigaciones: la Historia del movimiento obrero y de los Movimientos Sociales, la conformación de la Ciudadanía, la Biografía o las Culturas

Revista Historia Autónoma, 13 (2018), pp. 247-258

DOI: <https://doi.org/10.15366/rha2018.13>



Políticas. Temas que había abordado en libros, capítulos de libros colectivos y artículos. También se recogían testimonios de personas cercanas a Manolo que resaltaban las cualidades personales del historiador: su timidez, su cercanía, su crítica rigurosa pero constructiva, su pasión por la conversación en torno a una mesa tras una buena comida, su sabiduría o su capacidad para formar historiadores y conformar equipos.

Cuando escribo estas líneas Manolo, como era conocido por la mayoría de la profesión, ya no está entre nosotros, pero sus libros, sus artículos y sobre todo su magisterio continúa entre los que tuvimos la inmensa fortuna de aprender y disfrutar de su intelecto y de su amistad, entre los que modestamente me encuentro. Fui alumna suya en la asignatura de Historia de los Movimientos Sociales a finales de los años setenta. Los estudiantes le conocíamos como el “joven Pugachev” pues era un profesor joven, que se entusiasmaba al hablar de algunos líderes sociales y que envolvía sus clases con un tono de voz grave, que no dejaba indiferente a nadie. El programa del curso era denso, empezaba con los movimientos campesinos del Antiguo Régimen y llegaba hasta los nuevos movimientos sociales que se estaban desarrollando en esos momentos en España. Pero a pesar de todos los pronósticos, consiguió terminarlo, bien es verdad, alargando las clases, que nunca terminaba a la hora prevista, para desesperación del profesor que le seguía. Pero los alumnos lo aceptábamos porque sus clases estaban cuidadosamente preparadas y estructuradas y en ellas animaba a reflexionar a los estudiantes sobre las lecturas que previamente había recomendado.

La primera impresión era la de un profesor distante, al menos eso me parecía a mí. Pero poco a poco la persona afable se imponía. Recuerdo que en aquel curso le ayudé, junto con otro compañero, en la organización de unas Jornadas en la Universidad Autónoma de Madrid (UAM) sobre feminismo, a las que invitó a Lidia Falcón y a Fanny Rubio. Descubrí su cercanía cuando a los dos estudiantes que habíamos colaborado en la preparación nos invitó a comer con el resto de los conferenciantes en un restaurante del centro de Madrid y nos prestó la misma atención que al resto de los conferenciantes, que eran profesionales de reconocido prestigio. Así era el profesor Pérez Ledesma: exigente, crítico, distante a veces, pero próximo una vez superada la timidez inicial. A veces he pensado hasta qué punto me influyeron sus clases y sus seminarios, pues junto a la Historia Económica, que ha sido mi principal línea de investigación, siempre me ha interesado la Historia de los Movimientos Sociales y en especial el feminismo, al que he dedicado también varios estudios. Años después, cuando me incorporé como profesora a la Facultad, volvimos a colaborar estrechamente en la dirección del Departamento de Historia Contemporánea, yo como secretaria académica, él como director. Fue tan fácil trabajar con Manolo que después, cuando me he encargado de la dirección del Departamento, me ha resultado una tarea gratificante y sencilla pues he seguido sus consignas: dedicación, rigor, cercanía e integración.

Tras un breve tiempo como estudiante de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid, en la que fue expedientado por su apoyo al profesor Aranguren, expulsado en 1965 de su cátedra por las autoridades franquistas, Manuel Pérez Ledesma regresó a la Universidad de Salamanca para continuar sus estudios en Historia, donde obtuvo en 1967 el premio extraordinario de Licenciatura con una tesina sobre el movimiento obrero. Ese mismo año fue contratado como profesor adjunto, pero un año después fue expulsado, tras ser juzgado por el Tribunal de Orden Público por su afiliación a Comisiones Obreras y su compromiso político con la oposición antifranquista.

Miguel Artola, profesor suyo en Salamanca, consciente de su capacidad como historiador, le ofreció incorporarse en el curso 1969-1970 a la recién creada Universidad Autónoma de Madrid, donde estaba poniendo en marcha la cátedra de Historia General de España. Pero esta universidad, a pesar de su nombre, estaba también controlada por las autoridades franquistas y en 1973 su rector, Gratiniano Nieto, decidió no renovar el contrato, sin previo aviso y sin causa objetiva. Seguramente por sus antecedentes y por su participación en las protestas universitarias. Afortunadamente, el franquismo entraba en la recta final y el dictador moría dos años después. Manolo leyó su tesis sobre la UGT en 1976 y se reintegró de nuevo a la UAM, que ya no abandonaría hasta su jubilación y en la que en 1988 obtuvo la cátedra de Historia Contemporánea. Durante una breve etapa entre 1982 y 1985 fue vicerrector, primero de Estudiantes y extensión universitaria y después de Estructura y organización universitaria. En esos años contribuyó a democratizar y transformar la universidad.

Tras su expulsión de la UAM en 1973 fue contratado en la editorial Alianza, primero como corrector y luego como editor de la sección de Historia y Ciencias Sociales. En la editorial permaneció hasta 1988, año en que pasó a ocupar la dirección de Ediciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). De manera que durante décadas Manuel Pérez Ledesma compaginó su faceta de editor con la de profesor universitario e investigador, lo que le proporcionó un conocimiento exhaustivo de la historiografía y un amor inusual por los libros. Como explicaba un amigo y colaborador suyo en el CSIC en uno de los testimonios del libro homenaje, Manolo compró una casa en Majadahonda para poner "un piso a sus libros" y era cierto, las estancias de su vivienda estaban llenas de libros y discos. Así era Manolo, curioso, ávido lector y un melómano que disfrutaba con la ópera y la buena música.

Manuel Pérez Ledesma, junto a José Álvarez Junco, renovó la Historia del Movimiento Obrero mediante la superación del estructuralismo y la introducción de elementos culturales para entender la dinámica proletaria, siguiendo las pautas marcadas por historiados como E. P. Thompson. Propuso sustituir la Historia del Movimiento Obrero por la Historia de los Movimientos Sociales, un área a la que dedicaría buena parte de sus investigaciones y de su docencia en la Licenciatura de Historia en la UAM. Pero con el tiempo amplió su interés a otros ámbitos historiográficos como los estudios sobre la ciudadanía, el lenguaje o la biografía. Sus

últimos años los dedicó al análisis de las culturas políticas y junto a Ismael Saz coordinó los seis tomos de *Historia de las Culturas Políticas en España y América Latina*, publicados entre 2014 y 2016, en los que participamos cerca de un centenar de autores. Sus investigaciones en temáticas tan diversas muestran la inquietud, la curiosidad y el afán de conocimiento de Pérez Ledesma, uno de los grandes historiadores españoles del tránsito entre el siglo xx y el xxi.

Durante décadas ha dirigido numerosos proyectos y redes de investigación en las que nos hemos integrado muchos de los profesores del Departamento de Historia Contemporánea, que hemos compartido con él el interés por los movimientos y las representaciones sociales, la ciudadanía, las biografías, el lenguaje y los conceptos o las culturas políticas. Profesores que cuando Manolo se jubiló asumimos la responsabilidad de poner en marcha nuevos proyectos de investigación para que los más jóvenes se fueran incorporando a ellos. En el marco de estos proyectos se han celebrado seminarios, sesiones en Congresos internacionales, se han realizado numerosas tesis doctorales y se han publicado monografías colectivas, porque otra de las cualidades de Manuel Pérez Ledesma era su capacidad para dirigir equipos de investigación. Constituyó y coordinó en sus primeros años el Grupo de Investigación en Historia Social y Cultural Contemporánea (GIHSCC), que hoy sigue vigente en la UAM, coordinando por su discípula, Florencia Peyrou, con 17 investigadores permanentes y un número considerable de jóvenes que se han formado en su seno. Manolo ha creado escuela, algunos de sus discípulos continúan en el Departamento de Historia Contemporánea de la UAM y otros se han incorporado a otras universidades nacionales y extranjeras.

Pero Manuel Pérez Ledesma ha sido sobre todo un docente riguroso, dedicado y comprometido con los estudiantes, ya fueran de Grado, Posgrado o doctorandos. Tenía una sólida formación intelectual, era un ávido lector de Historia, pero también de literatura, antropología, ciencia política o sociología, con amplios conocimientos que repercutían directamente en sus alumnos. A pesar de ser un profesor exigente, que no se conformaba con que los estudiantes repitieran en los exámenes sus explicaciones o sus apuntes, sino que les obligaba a leer y a reflexionar sobre temas diversos, ha sido un profesor admirado, respetado y querido. Por ello la UAM reconoció su labor con un premio al mejor docente en los años noventa, que se basaba en las opiniones recogidas en las encuestas que anualmente se hacían a los estudiantes. Un premio que a él le produjo una enorme satisfacción, aunque pocas personas se enteraron, por el pudor que le producían este tipo de reconocimientos.

Por eso la mejor forma de definirlo es la de maestro, la de un gran maestro, además de un excelente compañero y amigo. Su huella en el Departamento de Historia Contemporánea es imborrable. La personalidad de Manolo quedó patente en el Homenaje póstumo que el 18 de junio se celebró en la Residencia de Estudiantes, que congregó a más de un centenar de personas, entre las que se encontraban dos exministros de Educación, muchos discípulos, pues había creado escuela, y un número considerable de estudiantes, además de familiares y amigos que asistieron al evento para rendirle su respeto y admiración.

Un trabajo bien hecho

RAFAEL CRUZ MARTÍNEZ

Universidad Complutense de Madrid

rcruz@cps.ucm.es

Esa que llaman historia social, sobre todo en sus perspectivas cultural y política, ha sido enriquecida en la universidad española durante más de treinta años por la obra de Manolo Pérez Ledesma. Cabe distinguir en su trabajo más de media docena de temas expuestos en monografías y otros tantos publicados en estudios bibliográficos, algunos de ellos merecedores de considerarse ensayos de análisis propio. El interés por cada una de las cuestiones surgió de la evolución de su atrevimiento inconformista en cada etapa de su trayectoria.

Del estudio del socialismo en el comienzo de su carrera pasó a la investigación sobre los trabajadores y su espacio en las relaciones sociales frente a sus oponentes, la “burguesía”, un hallazgo este del discurso obrerista. Actualizó mientras tanto su conocimiento sobre la historia y condiciones de los movimientos sociales para utilizarlas en toda su obra posterior. Deseó complementar tanta historia rebelde con el estudio de las instituciones y las prácticas parlamentarias. Asumió un enfoque cultural de la clase y se sintió cómodo después al mirar a los obreros y otros grupos sociales como ciudadanos. Elevó la ciudadanía como objeto de interés histórico y conceptual, a la vez que rastreaba las biografías de singulares ciudadanos turbulentos. Y realizó una especie de síntesis con todos estos temas al concebirlos como culturas políticas. Su obra escrita la combinó con su permanente labor docente y editorial —Alianza Editorial, Consejo Superior de Investigaciones Científicas y diversas revistas— y con el impulso de un Seminario de Historia Social en la Universidad Autónoma de Madrid. A toda esa invitación respondieron doctorandos, antiguos alumnos, profesores y catedráticos.

En su obra publicada me gustaría destacar una serie de trabajos que en mi opinión han ejercido una influencia notable en la historiografía española, sin la que se entiende con dificultad su desarrollo actual. Expongo los títulos por orden cronológico.

“Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?”, en *Revista de Occidente*, 12 (1982), pp. 19-42, escrito con José Álvarez Junco. Este largo artículo puede entenderse como una denuncia del compromiso militante de las historias del movimiento obrero elaboradas en la universidad española en los años setenta. Sus autores refutaban la reducción de todos los conflictos al exclusivo esquema de la lucha de clases y el estudio típico del obrerismo organizado, las cifras de afiliados, sus congresos y el pensamiento político de sus dirigentes.

Conceptuaban esa historia como institucional, descalificada por la mayoría de aquella generación de historiadores. Promovían en su lugar un giro investigador hacia el mundo más extenso de los trabajadores, artesanos en su mayor parte hasta bien entrado el siglo xx. Defendían además el estudio de los movimientos sociales en general, de los que el movimiento obrero era solo una parte. El texto suscitó críticas, muy pocas publicadas, y los autores fueron acusados de traición a los principios más “sagrados” de algunos de sus colegas. Las siguientes generaciones de historiadores asumieron sin embargo las propuestas de los autores; puede considerarse así un texto de ruptura en la investigación y la docencia en la universidad española.

“El proletariado revolucionario y las revoluciones proletarias”, en *Zona Abierta*, 36-37 (1985), pp. 107-128. Este artículo cuestionaba los estereotipos marxistas sobre la clase y la revolución. Refutaba por ejemplo que los obreros industriales fueran hegemónicos entre los trabajadores durante el siglo xix; que la mayoría de los obreros conscientes promoviera la revolución en el siglo xx; y que los protagonistas de una buena parte de las revoluciones fueran obreros urbanos. Para rebatir estos estereotipos Pérez Ledesma afirmaba que los obreros industriales fueron minoritarios hasta las primeras décadas del siglo xx, que eran más reformistas que revolucionarios, y que habían sido los campesinos los que impulsaron las revoluciones en ese siglo. Este texto sirvió para desacralizar el materialismo histórico como perspectiva de análisis de nuestro pasado.

Estabilidad y conflicto social. España, de los iberos al 14-D, Madrid, Nerea, 1990. En este libro expuso las relaciones, conflictos y enfrentamientos sociales habidos en la Península Ibérica, desde la Hispania romana hasta los años ochenta del siglo xx, con el propósito de ilustrar la diversidad de la conflictividad, solo en el último siglo referida en algunos casos al antagonismo de clase. Subrayaba asimismo los largos periodos de estabilidad social en los que los enfrentamientos resultaron menores que las relaciones viables entre las partes. Quería por último evitar cualquier tono épico en el relato y por el contrario distanciarse de los protagonistas en el conflicto. Este libro representaba el desarrollo histórico de los dos primeros textos expuestos con anterioridad. Constituyó una síntesis de historia de los conflictos y de la protesta, utilizada de manera masiva en la universidad española desde entonces.

“Cuando lleguen los días de la cólera. Movimientos sociales, teoría e historia”, en VV. AA., *Problemas actuales de la Historia*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1993, pp. 141-188. Fue el primer “estado del arte” publicado en España sobre las principales teorías del descontento social en el siglo xx, con especial acento en las confeccionadas en los años setenta y ochenta: la teoría de la Movilización de Recursos y del Proceso Político en los Estados Unidos y la teoría de los Nuevos Movimientos Sociales y de la Identidad en Europa occidental, que confluyeron en lo que Bert Klandermans denominó la “construcción social de la protesta” a finales de los ochenta. El texto impulsaba un diálogo entre la historia y otras disciplinas sociales. El autor se quejaba de la escasa predisposición de los historiadores

españoles a utilizar la teoría sociológica. La invocación al acercamiento, la exhaustividad en la presentación de los enfoques y el desconocimiento existente entonces en la universidad española animaron a los sociólogos a publicar el mismo texto en *Zona Abierta*, una revista de referencia en sociología. Muchos historiadores se sumaron al uso de alguna de aquellas teorías a sus investigaciones sobre los movimientos sociales.

“La formación de la clase obrera. Una creación cultural”, en Cruz, Rafael y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España Contemporánea*, Madrid, Alianza Editorial, 1997, pp. 201-233. Superaba en este texto cualquier vestigio de la militante e ideológica historia del movimiento obrero. Analizaba la clase española como formación histórica —con el uso de las encuestas de la Comisión de Reformas Sociales como fuente— y realizaba un sumario integrador de los principales componentes creadores de una identidad colectiva. Así, no sólo asumía el planteamiento de E. P. Thompson, sino que incorporaba las herramientas de análisis de la cultura de la protesta, algunas de las que ya expuso en una conferencia en Salamanca en octubre de 1995, para ilustrar la fundación de una identidad colectiva. Pocos historiadores de finales de siglo estaban capacitados para estudiar la clase concebida y analizada como una identidad colectiva. Pese a sus escasas treinta páginas, este texto puede considerarse el único trabajo sobre el surgimiento de la clase en España, equivalente a los realizados con mucha mayor extensión por Thompson, William Sewell o Jürgen Kocka.

“La invención de la ciudadanía moderna” y “El lenguaje de la ciudadanía en la España contemporánea”, en Pérez Ledesma, Manuel (dir.), *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 21-58 y 445-482 (respectivamente). Sus aportaciones al conjunto de este libro y en futuros textos se titularon la “invención”, el “lenguaje” o “visiones” de la ciudadanía. En la perspectiva adoptada, al menos desde la Revolución Francesa, hablar de ciudadanos y los diversos significados adscritos a tal nombre implicó en todas partes la fundación de distintos regímenes políticos y el reconocimiento de muy diferentes derechos y obligaciones para la población. Hablar de la ciudadanía diferenció a dictadores y representantes políticos. La condición democrática de la ciudadanía, en definitiva, requirió la mención constitucional y política de su nombre, cuna de la participación como derecho igual de la mayoría de la población. Manuel Pérez Ledesma reclamaba a la vez a necesidad de hablar de los ciudadanos como los elementos constitutivos principales e integradores de la comunidad política y arrinconaba la preponderancia de identidades colectivas excluyentes como la clase, la nación o el pueblo, todas ellas muy conflictivas por su carácter no democrático. Todos estos conceptos, acepciones y enfoques proporcionaban a su análisis un carácter pionero en la universidad española.

Historia de las culturas políticas en España y América Latina, 6 vols., Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014-2016, editada por Manuel Pérez Ledesma e Ismael Saz. Se aproximó al concepto de la cultura política como siempre a través de la lectura de

los argumentos procedentes de las disciplinas sociales. La mayor innovación de este enfoque sobre las relaciones sociales de los últimos siglos fue el énfasis en las herramientas culturales para el estudio de la política. Así, también las ideologías y los programas políticos —como corsés exclusivos— perdían protagonismo, a la vez que lo adquirían la pluralidad de raíces, hábitos, esquemas y prácticas políticas. Aunque en los seis volúmenes de esta obra participaron muchos autores con planteamientos diversos, los numerosos debates previos a su publicación, impulsados por Pérez Ledesma, permitieron dejar su huella en muchos de los textos. Esta historia de las culturas políticas se ha convertido en una obra de referencia.

“El trabajo bien hecho” en el oficio constituía una máxima irrenunciable del artesano en tiempo de los gremios, cuando controlaba él mismo la mayor parte del proceso de elaboración de un producto. Esa aspiración y máxima formaban parte también del trabajo profesional de Manolo Pérez Ledesma, como si se tratara de un artesano perdido en el último tercio del siglo XX y los inicios del XXI.

En recuerdo de Manuel Pérez Ledesma¹

ELENA SÁNCHEZ DE MADARIAGA

Universidad Rey Juan Carlos

elena.sanchez@urjc.es

Es un placer y un honor tener la palabra en este acto de recuerdo y homenaje a Manuel Pérez Ledesma. Fui alumna suya a mediados de los años ochenta, en la asignatura de Historia de los Movimientos Sociales de la licenciatura de Historia en la Universidad Autónoma de Madrid (UAM). Las clases de Manuel Pérez Ledesma eran característicamente magistrales, en las diversas acepciones de la palabra. Eran clases en las que nos leía con voz pausada unos textos muy elaborados, sofisticados, para los que utilizaba una bibliografía muy rica y bien seleccionada; clases en las que yo, como muchos de los alumnos y alumnas, queríamos apuntar hasta la última palabra. No soy la única que guarda sus apuntes. Pérez Ledesma fue un profesor que estimuló profundamente la vocación académica e investigadora de varias generaciones de estudiantes. Sus clases abrían horizontes de historia social y de historia cultural; de otras formas de hacer historia. En mi caso (y puedo confirmar que también en otros), me encantaba que nos

¹ Palabras pronunciadas en el acto en recuerdo de Manuel Pérez Ledesma que tuvo lugar en la Residencia de Estudiantes el 18 de junio de 2018.

hablara de literatura y de fuentes literarias, como *El Rojo y el Negro*, de Stendhal, o que trajera a colación *La educación sentimental* de Flaubert para explicar la revolución de 1848 en Francia.

En su curso de doctorado sobre historiografía y teoría de la historia, en el que estuvimos muchos de los que luego formamos parte de los proyectos de investigación que dirigió, mostró su extraordinario rigor conceptual, su enorme erudición, su criterio y sus dotes personales para coordinar, armonizar y encauzar de una manera serena, sobria, sin estridencias ni autoritarismos.

Cuando fui a hablar con él para que me dirigiera una tesis doctoral de historia social, me encontré a una persona tan tímida o más que yo. La comunicación verbal en los inicios no fue fácil. Pero enseguida encontramos nuestra manera de comunicarnos. Parte de ese aprendizaje tuvo lugar precisamente en la Residencia de Estudiantes. El tema inicial de tesis, sobre los trabajadores en el siglo XIX y sus formas de organización, tomó pronto vida propia y acabó siendo un estudio sobre el conjunto de las cofradías de Madrid desde el siglo XVI al siglo XVIII. Manolo fue un director excepcional. Aceptó sin ningún problema ni comentario negativo la deriva de mi investigación, que se alejaba de la temática propuesta cada vez más, me orientó, la leyó con interés y detenimiento, y tuvo siempre las palabras que me ayudaron y animaron, pensadas, buscadas, justas, precisas.

Debo decir que esa cualidad suya la mantuvo hasta el final. A finales de agosto de 2013 me mandó un correo electrónico con una valoración sobre un artículo que yo acababa de escribir sobre un tema de investigación nuevo para mí, el exilio republicano a partir de materiales familiares. Como tantos años atrás, me animó, con palabras que se me quedaron grabadas, sobre la elección del tema y la manera de afrontarlo. Me escribió en un correo que conservo: "Me ha gustado mucho tu texto. Sobre todo me ha gustado que no escondieras tu relación familiar con César de Madariaga. El tono está muy logrado, lejos de la apología". Eran, otra vez, las palabras justas.

A Pérez Ledesma no se le daba bien el politiquero académico, lo que desde luego habla a su favor. Pero sí creó en torno a él grupos de investigación muy fructíferos. La participación en estos proyectos tuvo para mí un valor añadido y singular. Cuando fui acosada académicamente en la Universidad Rey Juan Carlos, Manolo me acogió en sus proyectos de investigación. Su apoyo académico, su afecto y su lealtad puedo decir que me salvaron.

De esos años de proyectos de investigación en los que participé recuerdo no solo lo que para mí era un oasis académico e intelectual, sino también la celebración de la amistad, con muchos de los que están aquí hoy, en las cenas antes de la Navidad y antes del verano, comiendo, bebiendo, hablando, y en alguna ocasión, en su casa, escuchando la música que tanto le gustaba: boleros, tangos, Chavela Vargas... Fueron años en los que se le veía muy feliz.

El legado y la huella de Manolo permanecen en los grupos y proyectos de investigación del Departamento de Historia Contemporánea de la UAM. Yo sigo agradeciendo que cuenten conmigo. Me complace decir que actualmente participo en un proyecto que se titula "Intercambios

culturales y creación de identidades a través de fuentes literarias”, que a Manolo Pérez Ledesma le hubiera encantado, y que a los que fuimos sus alumnos nos recuerda las clases que impartía.

Esa manera de Manolo de dirigir investigaciones y proyectos, de “liderar” grupos de personas, me parece a mí (y es una impresión compartida) que tenía algo de femenino, en el mejor sentido de la palabra. Era una forma de ejercicio de la autoridad muy alejada del poder típicamente masculino, tan frecuente en el mundo universitario y en los ámbitos públicos en general. Creo que no es casualidad que, en los años noventa, en un congreso organizado por la Federación de Mujeres Progresistas al que asistí, Manolo fuera el único varón invitado. Al parecer, según dijo, era algo que le ocurría con frecuencia. Se le veía orgulloso de ello.

Con Manolo Pérez Ledesma es posible reivindicar el término de “maestro” en su sentido genuino; unos vocablos, maestro y discípulo, que tantas veces se usan de manera perversa, o de manera espuria, o las dos cosas a la vez. En estos días en que he tenido a Manolo en el recuerdo, es decir, en los que le he evocado a través del corazón, he sido plenamente consciente de su labor como maestro de historiadores.

La última vez que le vi, a principios de diciembre de 2017, su rostro seguía comunicando, casi con palabras, reconocimiento y amistad, y su mirada, fija, seguía transmitiendo inteligencia y bondad.

Pérez Ledesma. El profesor de la Historia real y tangible

JUAN CARLOS MERINO MORALES

Colegio La Salle Nuestra Señora de las Maravillas y Universidad Autónoma de Madrid

juan.merino@inv.uam.es

Acercarme a la figura de Manuel Pérez Ledesma es un auténtico honor y privilegio, como fue ser alumno suyo. Parece tópico decir que uno no sabe lo que ha tenido hasta que lo pierde. No podría decirse que ese haya sido mi caso, sino que fui descubriendo quién era en un primer momento Pérez Ledesma para ir poco a poco descubriendo a Manolo, apelativo que nunca me atreví a usar incluso en los momentos en los que tuvimos más relación.

Contextualizando, conocí al profesor Pérez Ledesma en mi último año de la licenciatura de Historia. Me matriculé en dos de sus asignaturas, Tendencias Historiográficas II, obligatoria de dicho curso, e Historia de la Cultura y las Mentalidades de la Europa Contemporánea, optativa de la rama de Historia Contemporánea de la ya extinta licenciatura. Parecía ser que

éramos unos valientes aquellos que nos matriculamos con él, que estábamos locos o que éramos masoquistas. Había otros grupos con otros profesores mucho más asequibles, que no hacía falta ni siquiera ir a clase. Ilusos, ellos se perdieron sencillamente eso, las clases de Manuel. Aquí ya empiezo a usar Manuel porque apenas nos juntábamos diez o doce alumnos y alumnas en una pequeña clase del módulo VI de la Facultad de Filosofía y Letras. Era como estar en seminarios íntimos, donde el ponente nos iba abriendo una y otra vez un sinfín de visiones sobre la historia y el uso de la misma, desde Ranke hasta Bloch o el posterior posmodernismo. La Escuela de *Annales* se convertía en un espacio idílico en el que buscabas ahondar en qué llevó a cada uno de esos ilustres historiadores a preocuparse de otras cosas que no eran la política.

Qué decir de Historia de la Cultura y las Mentalidades de la Europa Contemporánea. Fue espectacular, tanto que fue la única asignatura que suspendí en junio y en vez de lamentarme me alegré: podía seguir estudiando esos apuntes unos meses más. Allí aprendimos una visión nueva del Romanticismo, la evolución de la educación, la religión, el darwinismo, la literatura, las vanguardias y así una consecución de corrientes que te llenaban de intelectualidad. Te sentías historiador casi por primera vez, harto de revoluciones, guerras, crisis y demás, te mostraba otra historia más real y tangible; considero que ese es el mayor poso que ha dejado en mí.

Era un ejemplo de fluidez, de elaboración de un discurso dinámico, que te llevaba de un lado a otro sin perder el hilo conductor durante las dos horas que a veces duraban sus clases. Solo iba provisto de tiza y un viejo clasificador de notas, que apenas abría. De la tiza fluían obras, autores, fechas de publicación y un millar de anécdotas que aderezaban y enriquecían cada una de sus lecciones.

Tras acabar con notable en septiembre gracias al darwinismo social me matriculé en el Máster de Profesorado sabiendo que mis mejores momentos en un aula habían pasado. Nos encontrábamos por los pasillos y nos saludábamos con un leve movimiento de cabeza. Iba a alguna charla o seminario que daba pero tuvimos poco contacto más.

Esto fue así hasta que desde la Asociación Historia Autónoma se organizó un encuentro de jóvenes historiadores titulado "De Milán a Cibeles, nuevas tendencias historiográficas". De aquel encuentro surgieron muchas ideas, y entre ellas Marcos Marina y yo mismo planteamos la posibilidad de crear una revista científica dentro de la asociación. En ese momento, Manuel era el director de *Ayer*, por lo que no encontramos mejor mentor para nuestra nueva empresa. Nos aconsejó y nos abrió todas las posibilidades que teníamos y nos recomendó qué haría él. Fue uno de los momentos más gratos dentro de mi trayectoria académica. De esas reuniones, y tras un año y medio de incansable trabajo, sacamos nuestro primer número. Él acudió al acto de presentación. Nos sentimos aturdidos: habíamos invitado a todos los profesores de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras y apenas vinieron diez, más allá de los ponentes, pero entre esos diez estuvo Manuel, hecho que provocó en nosotros un orgullo y agradecimiento que nunca supimos corresponder.

De ahí volví a convertir en alumno suyo. Ya cursando el Máster en Historia Contemporánea, me matriculé en la asignatura que compartía con Florencia Peyrou, Las culturas políticas en España. Ni mucho menos era una asignatura que me atrajera debido a mi inclinación por los estudios internacionales y diplomáticos, pero su influjo era tal que no tuve ninguna duda en cursarla. Lamentablemente su enfermedad ya había empezado a desarrollarse.

Recuerdo bien cuándo le vi por última vez, en la celebración del Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Hacía mucho que no le veía pero no dudé en acercarme y darle la mano. A partir de ahí solo supe de él por compañeros del doctorado o por alguna charla con algún profesor.

Me enteré de su pérdida por el profesor de la Universidad Complutense Carlos Sanz Díaz. Al día siguiente hablé de él a mis alumnos y alumnas de 1º de la ESO. Les dije lo que supuso Manuel en mis estudios, en mi vida: que siempre tenían que admirar a sus maestros, y que la admiración al prójimo es uno de los sentimientos más bellos que puede desarrollar una persona. Sé que para ellos no tuve mucho calado, al final era una batallita más de su profesor pero, si pude llegar al corazón de uno solo, me doy por satisfecho.

Por último, debo decir que Manuel me inspira en muchas cosas: en la lucidez, en la fluidez y en la pasión por la historia y su trabajo. Sé que quizás es algo utópico, pero su memoria, su trabajo y él siempre estarán presentes en mi labor de una u otra forma.

Gracias Manuel, que la tierra te sea leve.